

Francia Ortíz



El árbol que espera


**EL PERRO
y LARANA**

Poesía

**Sistema de
Editoriales
Regionales**





“El árbol que espera”

© “Francia Ortiz”

Colección: Efrain Cuevas

© Fundación Editorial El perro y la rana

Centro Simón Bolívar, Torre Norte piso 21. El Silencio

Caracas - Venezuela 1010

Teléfonos: 02127688300 - 7688399

Comunicaciones@FEPR.GOB.VE

www.el perro y la rana.gob.ve

Sistema de Editoriales Regionales Lara / Consejo Legislativo / Dirección de Información y Documentación.

Lugar: Casa Rosada / Carrera 17 esquina calle23. Plaza Jacinto Lara

Barquisimeto - Estado Lara

Red Nacional de Escritores y Escritoras Socialistas de Venezuela, capítulo Lara

Diseño de Portada y Diagramación

Antonio Duno

Ilustraciones: Ivonne Márquez

Consejo editorial

Yajaira Álvarez

Norys Saavedra

Omar Villegas

Alfredo Aguilar

Armando Mogollón

+ Venancio Hugo Rodríguez

+ Pedro Echeverría

ISBN: 978-980-18-1366-8

Depósito legal: MO2020000014

Edición digital



Ilustraciones: Ivonne Márquez

Nacida en Caracas (1963), es artista multifacética y su trabajo plástico abarca la escultura, la pintura y el dibujo. Es Licenciada en Educación y su recorrido por la plástica pasa por salones, bienales con reconocimientos en algunos de ellos. En su obra prevalece el tema ecológico y la defensa de las raíces culturales y del medio ambiente.

El Sistema de Editoriales Regionales (SER) es el brazo ejecutor del Ministerio del Poder Popular para la Cultura para la producción editorial en las regiones, y está adscrito a la Fundación Editorial El Perro y la Rana. Este sistema se ramifica por todos los estados del país, donde funciona una editorial-escuela regional que garantiza la publicación de autoras y autores que no gozan de publicaciones por las grandes empresas editoriales ni de procesos formativos en el área de literatura, promoción de la lectura, gestión editorial y aspectos comunicacionales y técnicos relacionados con la difusión de contenidos. El SER les brinda estos y otros beneficios gracias a su personal capacitado para la edición, impresión y promoción del libro y la lectura y el estímulo a la escritura. Y le acompaña un cuerpo voluntario denominado Consejo Editorial Popular, cogestionado junto con el especialista del libro del Gabinete Cultural Estatal y promotores de literatura de la región.



Pendiente zoomorfo

Concha de caracol

Largo: 18,4 cms

Ancho: 05,9 cms

Fase Boulevard de Quibor

Siglos II-VII. DC

Estado Lara / Municipio Jiménez

Museo Antropológico de Quibor Francisco Tamayo

El árbol que espera

Francia Ortíz

Fundación Editorial



elperroylarana

Agradecimientos:

Al poeta Jesús Enrique Barrios (∞) por su mano de tutor y su constante presencia

A Yetzabeth Pérez Anzola por su especializada lectura de corrección y estilo.

A la Fundación Editorial el perro y la rana, su Sistema Editorial Regional Lara y a su Comité Editorial por permitir la publicación de este libro.

El Árbol que Espera

© Francia Ortiz

franciazuleima@gmail.com

“Permite que ponga
toda la dulce verdad
que tienen mis dolores
para decirte que tú eres
el amor de mis amores “

“La canción que pedías
te la vengo a cantar
la llevaba escondida
la llevaba escondida
y te la voy a dar”

Agustín Lara

A CARLOS ENRIQUE ORTIZ

APERTURA

La batalla se hace con versos. En avasallante revelación, arriban los de Shakespeare, Dante y Virgilio. Entre resplandores, crepitan y toman posición los de Milton, Hölderlin y Rilke. A risa suelta, se encaraman en las rocas los de Vallejo y Rubén Darío. Con orgullo, los de muchos otros poetas se lanzan desnudos para enfrentarse hasta más nunca. El zafarrancho de las luces cubre el horizonte, trinos y zureos alborotan los árboles, peces y relámpagos alumbran la pelea. El resultado es vida. Así lo testimonia Francia Ortiz con *EL ÁRBOL QUE ESPERA*. En él, la poesía, en la refriega, se derrama. No hay abeja, pájaro o gaviota que no se la lleve entre sus alas. El imponente coro de hombres y mujeres azuza el combate, que consume todo el día. Al anochecer cada verso escoge su propia luz... No queda verso sin su estrella, tampoco estrella sin su verso. Y la batalla culmina en creación... ¡Adelante!

Con este nuevo libro Francia Ortiz continúa la senda que inició con *La que va conmigo*; camino en el que se vislumbra una obra de aluvional sinergia, que posiciona a la autora, con una rúbrica particular, dentro de la literatura venezolana femenina.

EL ÁRBOL QUE ESPERA es símbolo y expresión gráfica del arte llevado a los poderes catárticos de la palabra. Sus raíces, savia que da vida a versos inesperados, son de una deslumbrante constitución poética, de una musicalidad activa. Su tallo es médula de una prosa de historias de personajes que van por el mundo construyendo ritmos y sentidos renovados. Sus hojas, pequeños signos vibrátiles, desagan la danza, hecha fuego en la fragua del espíritu, transmutada

en cuerpo de amor al rescoldo del espacio-tiempo que le corresponde como sueño.

Sus flores construyen una fina estética que poliniza esos montes culturales donde la filosofía converge en el sonriente rocío de una queja metafísica y el amor concebido en todas sus posibilidades.

Todo el ÁRBOL muestra el drama que se desgaja de la vida, con los rasgos de tragi-comedia que, día a día y acto tras acto, inexorablemente la construyen. De ahí las voces, esos silencios... los gestos y mimos de un manantial teatral que concluye en un texto como “*Melodrama Desmontado*”, donde se desvanecen las fronteras de las diversas expresiones literarias.

Trátese de las formas de un poema, un cuento o una escena,

Francia baja el telón justo donde la poesía fermenta sus contenidos y exhibe claves sustanciales de una expresividad mágica que sirve para hilvanar seis estaciones.

La Casa de los Anhelos, primera estación, *compon*e y descompon>e el amor. Dioses y ondinas arman y desarman los sueños, más dioses y ninfas tejen y destejen la realidad de las almas. Para cumplir con los llamados de la especie, los cuerpos vuelcan sus vértigos y deseos.

Por todas partes fluye el mito en despliegue de sus arquetípicas espigas para que la claridad significativa sea demarcada por esos hitos inmortales.

Amanecer, *Ocaso* y *El Árbol que espera*, estaciones segunda, tercera y cuarta, narran y cuentan en elevada poesía, sensaciones, hechos y emociones que entrelazan afinidades, evocan

lujurias... erosiones que certifican la ambigüedad y el ir y el venir del amor a través de un hombre y una mujer, como en *Llane-ro*, quinta estación, cuya expresión es la alquimia del amor, manifiesta cuando Abelardo vuelve a la eternidad de Eloísa.

Este sitio es el único del planeta que sigue siendo día al llegar la noche y *Melodrama desmontado*, en la última estación, son poemas de una textura lírica asombrosa, donde Eros y Afrodita vierten sus esencias para aclarar y declarar la validez y el calor del amor en esta época virtual y comercial, el mito nuevamente, para darle la transparencia que requiere a los mejores componentes del ser.

Ambos textos, en mi criterio, pueden unirse y ponerse en escena en una o dos voces, para que su magia poética deslumbre no sólo como lectura sino en esa oralidad que los mantendría despiertos como un sol que no se cansa de regalar amaneceres.

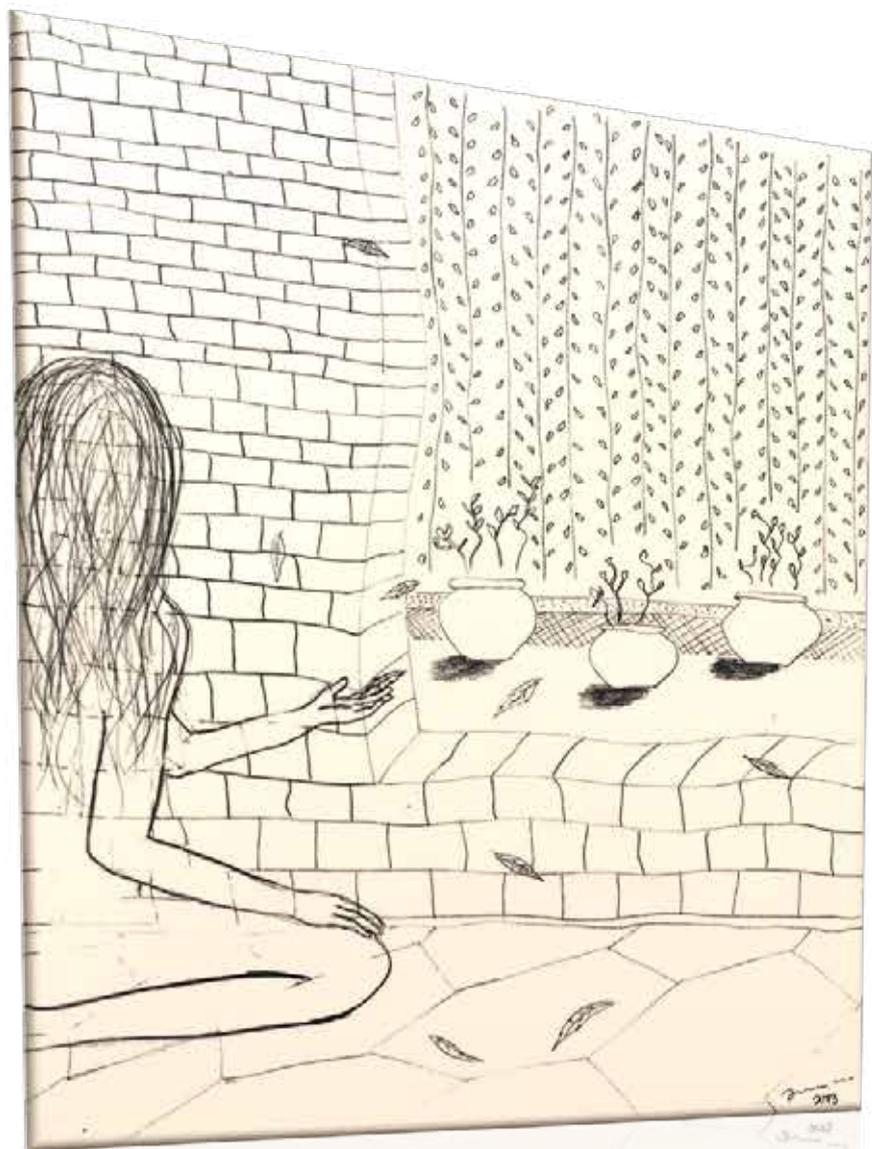
Estos son mis saludos para *El Árbol que Espera*, al que, desde ya, le auguro perpetua luz.

Jesús Enrique Barrios

1937/ 2019

LA CASA DE LOS ANHELOS

PRIMERA ESTACIÓN



I

¿Cómo habitar la luz de tus ojos?

¿Cómo hago para bordear,
casi sin tocar, la claridad de tus pasos

y aún mantenerme intacta
en tu voz que nombra mi mirada?

¿Cómo, aún intacta, volver a tus ojos
para eternizarme en tus pupilas?

Viene amarrado de un centauro
a inaugurar la patria desconocida
de los laberintos áuricos;
esos espacios que fueron creados,
finalmente, dándoles cabalgadura,
retozo de lo que quiere elevarse.

Tierra abierta, la Emperatriz
expulsa sus dones; reparte cosecha,
uno a uno, decanta los placeres.

Nutre con los ojos la luz de la mañana
y, al fondo, el arroyo mastica peces
acordonados de blancura.

La Ninfa-Respuesta corretea sus asombros
en cada palabra que se te escapa,
besando la paquidérmica sensación de conocernos,
la majestuosa dignidad de tus pupilas.

III

Preguntas a destiempo,
el sol te marca, vas y vienes.

No temo.

Se conduelen los espasmos,

les queda el secreto,

alimenta sus huesos,

les ensalza la noche

y la carpa de sentidos dormita;

se entrega para alcanzar una forma.

Basta que llueva para que acune el útero

la nueva germinación, sin plazos,

sin caminos, sin alternativa para ser moldeada.

La densidad de tus palmas me habla de tu vida,

la forma de asirte a las cosas me seduce

hasta parecerme a un átomo de tu piel,

acopio firme que destila pureza.

A fuerza de imaginarlo,
haces que renuncie al vuelo,
Tú, puerto y estación en las manos forjadas
con todo el amor no dicho.

Buscaba el vehículo y las cadencias
que hicieran del gozo
el eco trascendental de la locura,
inscribirme en el ahora de los otros,
en el siempre de las tenaces hogueras,
en el nunca de los sueños olvidados.
Nadie interpretó las alucinaciones,
tormentas neptunianas,
borrascas del Minotauro en la Torre.
El aleteo de otros tiempos
aguarda en SI menor, hace paréntesis,
señala auroras como pequeños logros,
mediterráneos esfuerzos para llegar a escalar
en la planicie de tu dejo, sentidamente sereno,
milenariamente triste: un compás de espera.
Desde tu calor, mi mano desplaza
la humedad hecha un óvalo de gracia.

V

Melaza y costumbre,
tu perfil se agiganta en versos orientales,
libres, resuenan la alegría de tus raíces.

Airoso, atrapando la dicha,
tu espalda se funde
en las líneas de mis dedos,
te ingresa a territorios no explorados,
a sabores entendidos con papilas terrenas
llenas de la quieta mirada de un respiro.

Alumbras a Odiseo
e, inocente, presagias a Penélope
desfigurándose en su tejido.
Histórica, la veo almidonarse los bucles
al escoger entre las flechas,
para atinarse lealdades no reconocidas.
Luz de los cristales del templo, su cuerpo,
asomado al pozo de inmortalizada esperanza.
Vida desvivida la ausencia de tu calor en mi piel.

Falto a cuanto me mantiene unida a ti.

Bosquejo todo cuanto no se ha planificado,
argumento mi presente en los ecos
espirales que la noche me reserva.

Un aro de puñales cerca las intenciones
y una antorcha rojinegra
sintoniza con el coro de Medea
avizorando muertes,
rumiando entre el destierro y la venganza,
las razones de estar sin palabras.

Se cierra la aldaba con el corazón
atado al veneno que juzga el sacrificio:
ayer, hoy, mañana, puerta franca
a la renuncia todo el desorden.

La embriaguez vuelta sol,
combate y laberinto en la mañana:
¿Aquel espacio habría sido suficiente

para recrear fábulas menos ajenas?

Sí. Otro pretexto exagera tus ardores

y mi angustia en desbandada, musita.

VII

Yo debí planificar un abrazo,
coherencia de un estado a otro.
Yo debí invadir de finales apretados
algunas partes de tus manos,
oler de tus humores la estancia de tres días
ciñéndote a la inquietud de mis ojos,
mojarme en la rítmica palpitación de un “Adiós”.

Yo debí sospechar de tu aliento
un poco más de lo resuelto.

Abigarrarme con espesas frases oídos, mejillas,
para ver el contacto de carne enervada y humana.

Pero un ángel cruzó el espacio,
sin manos troqueló un destello
que aún escarcha en las comisuras
la brevedad de lo inesperado,
silencio que circunda como
Divinidad privada de deseo,
círculo sobre la cruz

¿A quiénes podría involucrar:

ninfas, silfos, ondinas,

salamandras? ¿Bailar la rueda

que avizorara suficiente espíritu,

sin escape, sin fuga,

sin atardecer ni circunstancia?

¿Quiénes, dentro de este silencio, dormitan

siendo su sueño tu espectro?

Sobre mi cuerpo, Ares:

auriga veloz, que retorna de la guerra.

IX

Mi pecho es el centro y abarca
el pendular regocijo de estrellas
en tus ojos, nunca tan florecidos,
detenidos en la forma. No preguntas...
Felinamente balbuceas intenciones
y el ritmo lateral danza
en el camino de no querer llegar
al tiempo, llegando.
El sol requiebra en gotas
parecidas al pasado,
el recorrido se hace extenso
en el eco de tus pies
sobre mi sombra.

Pupila a pupila, toda la imaginación
entre palabra y palabra,
anuncia otro camino... efecto deseado.
Así como suspiro, transito por tu playa.
En su arenal, bautizo la belleza de mis pies
augurándoles vuelo y certeza.
Con tu oleaje brindo.
Preguntan tus ojos, fuego y destino.
La Diosa Iris despliega de entre sus manos
multitud de colores, transparencia de otro tiempo,
familiaridad amanecida,
encuentro feliz de voces acopladas en la piel
fructificada de termales arroyos.
Me hablas de otra vida,
me colocas una aureola de paz y,
en lo horizontal, me ensalmas como piache.
El poder de tus oraciones magnetiza el contacto,
la entrega se hace santa, se extiende en el tiempo
y trasciende las formas: rito nupcial no planificado.

Cataratas de luceros las bendiciones que ondulan
y, en responsos, como claves, abjuran eterna unión.

Los cuatro Evangelistas rondan, hora tras hora,
trayéndonos del recuerdo: sabores, sonidos, palabras,
quejidos, imagen de prolongaciones, polaridades.

Causa y efecto. Es verdad. Tu profecía se ha cumplido.

Se han abierto tus caminos.

XI

He visto en la perpendicularidad que te inspira, en el girar de caminos, una cruz: mi cuerpo sometido a tu dominio, emperador que se desgrana en la batalla, soldado que aposenta mis aguas, jura y se entrega. Cirineo de la noche entre el madero y el ángel, en manto rojo me envuelves para regresar a besos, linderos; silencio en supliciada quietud.

Voy hasta el fondo,
pendo del hilo de tu arrebató,
columpio el reguero de palabras
desde el acero. Desde las llagas,
se desprenden las causas-nervios.

Magdalena besa los fetiches.

La boca como el pez
extiende su camino hacia la muerte.

Al tercer día, aún, tu virilidad me resucita,
la idea de traerte a mojar la cuna de mis susurros,
dejarte bombardear con tu escándalo la noche.

Desviar el camino... Aberración
constante frente a una esfera que
estalla en cada fracción,
cadencia retenida en espera de un espacio.
La recurrencia de imágenes dormita.
Cada momento se dispara en media luna,
te ataja y retiene en un juego
de Espadas saturado de dones.
Después de haber bailado con las Furias,
haberte horrorizado con sus cantos,
y sus danzas gélidas, cada giro es cadena
que te deja un tono amargo,
corteza pútreo como resguardo.
Al fondo, Hiperión con su carro,
con su hijo de la mano de Zeus,
aguarda la picardía de tus ojos.
Brilla un pincel y, de tu mano, sólo
aguamarinas en la constelada bahía.
Sólo un compás de espera, como tu risa.

XIII

Marte carga su fuerza:
la impudicia arrebatadora,
la cimbreante cintura,
los ojos de serpiente de Venus.
Sólo ante ella, él es capaz de caer rendido
y admitir su coraza protección
donde lo envuelve y acomete su locura.
Ella, vuelta manos, delirio, recorre la espalda
del guerrero que, horizontalizado, la acepta y reclama como
Amazona.
Desplegando en su fuego serpentino,
vértebra a vértebra, localiza moribundas presencias,
fantasmales marcas de histéricos tratos,
caídas y recaídas en macabras danzas
agobiantes sin sentido.
Ritual, libera y catapulta a la ignominia cuanto no es luz,
cuanto es Electra buscando a su padre, cuanto es debilidad y
tristeza.

En el supremo contacto limpia el corazón de Ares
para enviarlo a la guerra ya victoriosa.

En su lunar asombro conjura su propia batalla
.Marte, que me diste tus secretos para alimentarme a través

de tu reflejo,
asómate en mi lago de imágenes precisas y verás,

quizá, como Narciso,
la belleza incomparable de tu encanto,

la seguridad de lo
terreno y la soberanía del águila:

visión recrecida del cielo,
la cruz.

Cabalgaba plena.

Ya había apacentado el ganado,

la liviandad de las carnes,

casi me remitía al flote,

Pegaso de un ala.

Es otra la respiración,

otra la fragancia

si se intentan las alturas

Transitamos el espacio,

cual más libre de los dos, yo,

Amazona, dirigiendo el vuelo.

Mariposa, inesperada, de primarios colores,

de botánicos esfuerzos,

es corpulencia amanecida al desconcierto;

respuesta a calamidades,

desafecto derramado sobre el arcoíris prometido.

XV

El arcoíris vive su condición de etérea forma.

Conduce la ilusión del inocente

no sabiendo si pende o busca altura.

Espacio intermedio de aparente quietud,

múltiple y saturado de luces,

acaba, por decreto, desapareciendo

al toque libertario de *Mariposas Amarillas*

Mauricio Babilonia,

luto sobre el borde de sus alas,

extraña imagen terrena

por la que me desconozco,

tránsito de caída vertical.

Aun reposo hincada sobre tu vientre,

Imagen de efímero Pegaso,

miedo infartado en la plenitud del abandono.

Tristemente, tu palabra puñal,

de retorno, envainará otras mentiras,

en el pasado llamadas "sueños".

Hécate, vuelta a la infancia, reniega de sus poderes.

No es lo feliz lo que te augura,
como no es nube tu traslado a esos
espacios que te proclamaron
privilegios y encantos.

Hemos visto ya desintegrarse
tantos aleros de rostros.

¿Cuál de las metáforas podría aproximar
lo que vuelto huracán desdice
y encamina duramente a la verdad?

Ayer las palabras bordearon la
capacidad de recorrerte por otros caminos, esos tortuosos,
esos que

aún te sostenían en un hilo dorado. No te sabía venido del
Hades,

como no te veía entre harapos. Cerbero, en circular algazara,
muestra

de lo aprendido las mejores florituras, desde la cueva en
donde te

resignas a la ignominia. Oigo tus carcajadas de perdida
transparencia,

Luna-Plutón con 90 grados de distancia.

Hoy la música describe tu entorno como impresión mal nacida, aleccionadora estampida de hielo tu tronadora voz de regreso al Tártaro... Resabios de la Casa de Atreo.

XVII

Años luz la necesidad de no orbitar
esos espacios en donde flotabas.

Vino la palabra suspendiéndome
entre silenciosos avatares.

Recibo a través de ti un punto florecido,
simplemente un punto.

XVIII

Nunca me vi recostada de tu
cuerpo ni de tu intención. En mí
eran sólo las ganas peligrosas de
tocar el sol, sentir que se me
consumía el miedo al no saber
transfigurarme con tanto aguacero
en mis desprotegidos párpados.
En la torpe expresión de tu boca
se perpetúa la rareza con la que veo al mundo,
trasladada al soliloquio, extranjera y loca...
Hechizo de embriagados dioses
tu aparición en mi camino.

XIX

Pesaba tanto la oscuridad en mis
pasos. Reptaba... El calor de los
cuerpos me señalizaba surcos,
me defendía trepando árboles,
muy cerca del agua incolora.

Avance solitario,
mudanza de pieles;
excreción de pretenciosos deseos
imaginar, en el infierno, al cielo.
Inframundo, la vida, negándome
tus olores en ese punto del camino.

Sin elipse definida,
Con centro diferente hoy,
cenital punto mañana,
abierto mi sistema,
salto de elemento en elemento;
inexorable desorden
de atípica frecuencia,
donde sobrevivo
entre dos estaciones



XXI

Había expuesto mis razones, la forma irregular de mirar
esas circunstancias.

Lo vivido me dibujaba un orden ya conocido,
para liberarnos de los miedos y
de nuestros propios abandonos.

Rodeados de incontables naufragios,
avejentados de intenciones lastimeras,
casi doliente tu afecto, ligero en su voluntad.

Fantasmal agonía de dilatadas despedidas.

Los dolores escogidos, las apariencias
se reducen a un centro gélido y voraz

admitido por tu débil forma
y por la condescendiente rítmica
de intransitados gestos diurnos...

Máscaras de asombros y cultivos

Viví la oculta sombra.
Crispadas, anohecidas,
todas las terminaciones nerviosas
se revelaron huyendo del mortecino
espasmo que arrojara tu figura,
extendida a su siniestra
por Juno de ojos petrificados.
Luego, tú también corrías
en desbandada, perdido
entre los grises, entre el humo,
entre lo indefinido, lo mediocre.
Alijo de mentidas luces
tu invitación a un eterno viaje
de palabra y filigrana.
Sin adioses, aún habitas
la enfermiza necesidad
de mitificar mis horas.
Mercurio diluido en la ética
seducción de Neptuno...
casa de Dionisio.

XXIII

Yo quería despedirme,
atravesar rescoldos y traerme
todo el dolor acumulado,
girar la rueda que te coloca como centro
y difuminar tus extremidades
en la fluorescencia
de piedras pulverizadas,
remolinos de desagüe,
que liberan el espacio
de la inundación y el desastre.

La visita a tus espacios
aviva mis ganas de disiparme
en la tornasolada luz por la que ves
y por la que te haces victorioso
sobre la trémula vocal
que apenas si exhalo
frente a tus catedrales.
Muda, la mañana te coloca extenso.
Avanzas, sutil, casi sin forma
para enmarañarte entre mis dedos
que disfrutan, en el aroma del café,
el majestuoso resplandor de tus soles.
Luego, tu marca de libres cuentas
desanda la alegría de cristales
en mi boca. Dulces, tus alas,
marcan un tiempo común
entre las lunas concedidas por Juno
y el deseo de circundarte.
Velos, viento y mil lenguas de fuego
son sostén de tu albedrío y te adentran en mis carnes.

XXV

Hace tiempo te fabricaba entre
brumas cromadas e incoherentes,
me desintegraba en el movimiento
de esos verdes aplomados que
definen tus contornos.
Esa quietud de incalculable poesía,
en su paradójal avance,
se hace caos en mis cabellos
que destilan luz. La música te traslada
a donde mi humedad se le antoja
diluirte y rehacerte de éter vivo
y resplandeciente de infinito.
Acunado por la tântrica respiración, inciensas los
desplazamientos espirales
que me conducen a tu sabia cordura.
Soportándome, tu impulso volcánico
me acerca a tus aguas transparentes, furiosas,
de locura inacabable.
Nuevamente en el aire, el remanso,

vacía tu cuerpo sobre mis cuidados.

Apolo en tus hombros toca la belleza en las manos,
palmas arriba, te levanta, horizonte dorado.

Con la dignidad de un titán recorres avenidas,
en cada soplo, el viento, a tu oído, libera intenciones.

Vuelas, vuelo...

Afrodita susurrando caprichos

Las palabras te hacían difuso.

En la desesperación de verte llegar,

no advertí que al volver la mirada,

otros duendes daban saltos

entre las lágrimas invisibles

coronadas de retardos.

Lentos los caminos sin tiempo

adormecen el florecido sueño:

-ser tu niña- Adoración de tus ojos,

solar columna sobre la que escribo.

XXVII

¿Habría valido alguna
interpretación
para tanta tristeza
vaciada en una pantalla?
Encallada, trataba de levantarme
sobre la vertiente acuosa,
pertinaz, de óleo feroz.
La impiedad de las imágenes,
retenidas entre oídos y ojos,
derriban el resto por vivir.
Concentradas en tu espalda,
las invertidas cruces:
cascadas en que, sin salvación,
se arrastran todas las pérdidas.
Prometeo
recapitula el tema del fuego
para un nuevo argumento.

El miedo nos visita en el temblor
de las cáscaras del día vueltas trizas.

Un eco lejano te nombra
para desaparecerte
entre medias noches.

Bajamos los ojos,
saltamos los gritos;
reservados entre susurros,
asistimos a las costas que,
como flores, desde tu boca,
alimentan el zumbir
de mis manos.

XXIX

Capricho de hadas,
el trago que miras
brilla en las alturas,
maniobra en la salida,
inundándome.

Tus ojos, mil colores,
son la piadosa respuesta
que ejecuta un plan cuyo orden
es el caos en dulcísimo
y sostenido alborozo.

El Nazareno te ha llevado flores,
ha volcado sobre ti
maravillas aladas polícromas.

En ti, los violetas acunaron
naves , espejismos
confusos, aromas de
tardes solitarias
que me anhelan.

En la distancia, puedo saberlo,
tu sombra desliza segura
entre las flechas de luz
que me propongo.

Movidos por tu fuerza
circulan sellos, como ojos,
se sientan en mi mesa
y la vigilia es alimento:
bendición del pan que espera.

Una y otra vez diluida
en tu respiración.
Al centro del estanque,
loto que se difumina
frente al resplandor
de lo que, con alas,
se expande al horizonte.
Dibujas un grito mientras
tu mirada escrutadora
predice el latido de tus manos
sobre mis brazos,

.

Pinceles sobre mi espalda
anidan perfecta sintonía.
Cada hoyuelo columnar
canta una salve que
dibuja en tus iris la clave
de andar sobre palmeras
estrenando besos
desde nerviosas terminaciones.

XXXIII

Bailaba desde tus adentros
hacia la boca del silencio.

Las pupilas dilatadas
se atemorizaban frente a
los giros unificantes del color.

Banderas orientales me señalaron
la inmensidad del tatami..

Erguida por los gemidos de otra,
con dolor desde las vértebras,
se anuncia la despedida.
Ósea y sacra perturbación, desconoce
la ígnea respiración del ángel;
en sincrónica oblación,
los veinte misterios
del Rosario de María
meditan

Oscilabas entre mi sangre
y los otros humores,
enamorándome la confusión,
lo mismo que tu cuerpo desnudo,
camino enseñoreado de vacío
con pretensiones de cielo.

En un instante,
girada a mi alrededor,
una gota de luz
se dispersa para siempre.

La humedad me persigue
con latiguillos en sus
fragmentadas osadías,
aguza una suerte de cortejo
que la serenidad abomina.
Sabe que ya no puedo retenerla.

XXXVII

La bondad de tus misterios sobre mí...

Tornado, el bajo vientre

prosperó en aurora

que pasea redonda su majestad

desde tu santa mirada.

Giro sobre mi propio eje.

El punto es la quietud,
momento colmado de amarillos
soles. Encarnizados
juegan a la periferia
de órbitas secretas.

Lunas medulares se brindan:
Centro de rigor plata
trasponece.

XXXIX

Tus ojos,
esferas de insondables gritos
esparcidos y amables
en la bondad del respiro.

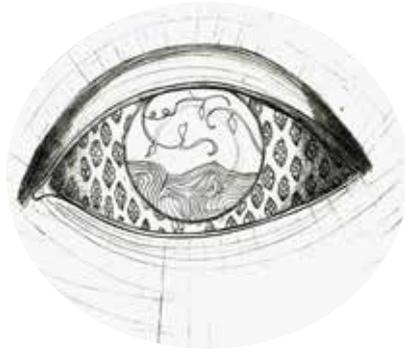
Calma,
asentada en la intensidad
de lo que adentro revuelve,
nota de un generoso acorde
que incuba deseos.

Metamorfosis.

Tu antorcha reclama sitio,
te amanece el andar de claros soles
al rescate de hijos,
decreto de primaveras.

Se apacigua la noche-agua
y el viento madrugada,
frente al zumbido
de tus mil flores: apiario.

Paisaje verdi azul te entorna
mientras Ceres por ti,
abunda en su cosecha.



AMANECER

Segunda estación

Mirando al horizonte, Eva se dio cuenta de los dos círculos concéntricos que giraban en sentido opuesto, cada uno dándole una condición de esfera inusual al sol, menos intensa, como de lienzo. Su andar era tranquilo. Contemplaba la otra parte del paisaje que se fragmentaba a su paso. Las calles que pisaba desprendían los olores de siempre, pero estos olores se exacerbaban al punto de confundirse unos con otros hasta hacer una mezcla que, antes, no había percibido.

Por alguna razón, aquella mañana le ofrecía un despliegue de sensaciones, que entrañaban alguna verdad por descubrir. Recordó las largas caminatas que hacía con su novio, las tantas veces que observó las vidrieras y planificó su futuro rodeada de hijos. Sintió, luego, una presión sobre su pecho.

En sucesivas escenas, retrotraía, con añoranza, todo ese tiempo que había pasado, el mismo que le había traído aquella pérdida que aún le costaba sobrellevar.

¿Cuánto tiempo había albergado ese dolor? ¿Un día? ¿Un año? Daba lo mismo.

Al fin nunca pudo evitar ese tono melancólico en la mirada y en la voz.

Más por un hábito adquirido que por un deseo consciente, llegó hasta su casa.

De allí, vio salir de prisa a sus dos hermanas, desarregladas, con los rostros pálidos, casi enfermizas. En silencio, decidió ir tras ellas, acompañarlas, como era costumbre. Se percató enseguida de que sus pasos la conducían a la catedral.

Brevemente, Eva se encontraba observando, absorta, desde la puerta, la majestuosidad del Cristo doliente. Por un momento, le asaltó el recuerdo de su matrimonio frustrado. Se sintió impasible, entretejía razones y emociones, no quiso entrar. En la misma iglesia había besado por última vez a su enamorado.

De súbito, la embistió un olor a clavel y, al mismo tiempo, una punzada en el pecho. Imaginó que era él quien había muerto. No iba a poder asomarse al ataúd, no era tan valiente, temblaría, se desataría en llanto. No se vería bien perder el control frente a todos, pensó para sí. Prefirió entonces quedarse en la puerta, esperar el momento de la sepultura. Le aterraba la idea de que su amado estuviera recibiendo el último adiós, allí mismo, donde debió casarse con ella. La separación fue inevitable, sí, pero se tuvieron un afecto especial el uno por la otra.

Muda, recobrando la calma, llegó al cementerio junto a sus hermanas. Observaba la preparación de los andamios, el aparatoso proceso para el descenso de la caja mortuoria, la lluvia de flores y, finalmente, la bendición del Padre, momento en el que se sintió llena de angustia y se apartó de la gente, advirtiendo que nada, aún la palabra santa, le sentaría bien.

A su regreso, ya estaba dispuesta la tierra en cristiana sepultura. Todos lloraban con vehemencia. De rodillas, frente a la tumba, su amado lucía especialmente abatido y, sobre la lápida, aparecía escrito el epitafio que revelaba aquella verdad:

Aquí yace

Eva Durante

Q.E.P.D.

Loto,

Madreperla.

Siempreviva

Memoria del agua, amanecer de tu mirada.

Se esparcen tus pasos leves,

Al fin

Compulsivas imágenes transcurrieron frente a ella.

Pudo ver con verdadera claridad cómo el tiempo, dando giros, le mostraba una a una las escenas donde la ausencia invasiva ocupó el espacio de su enamorado. Eva y ausencia, la misma palabra... Eva y ausencia, la misma mujer que marchaba en tránsito veloz hacia las aguas de la presa, precipitándose sobre un piadoso descanso que, cada amanecer, invita a las nubes a su pluvial descenso.

Ocaso

Tercera estación



Abatida por el tiempo aquella mujer danzaba con la música de lejanos acordes. Abstraída tocaba con la punta de los pies extrañas temperaturas. Mientras un ligero adormecimiento en la piel iba transformando su sensibilidad, circulares motas de luz la despegaban del suelo. Algo se agitó en su pecho. Una especie de memoria, traída ante sus ojos, habitó por momentos su espacio vital, retrocediendo en su ya cansada, maltratada piel, vió afirmarse su busto, ampliarse sus caderas, como cisnes que colorean una laguna espesa de plantas. Su forma de alcanzar el entendimiento de lo que le pasaba era ajena a toda experiencia anterior. No sabía si tenía ojos, nariz o boca.

Aligerada por la música, sin forma humana, quizás, atravesaba las puertas de grandes extensiones.

Nuevamente una emanación la envolvió hasta serle familiar.

Observó entonces lo que entendería luego como las octavas superiores del mundo denso: las flores eran distintas, sus pétalos de fluidos etéreos y el agua, vuelta brillo incandescente, no húmedo, ya no podía ser agua ¿Qué era entonces?

El cielo sin cielo, un hueco profundo sin nubes cuyo aspecto parecía no tener fin. Ya en renuncia total de los sentidos, se preguntaba qué le haría reconocer el mundo externo si es que realmente existía o, ¿qué imagen podría reflejar en el espejo, habiendo desaparecido su forma humana?

En su empeño de mirarse, como un instinto quiso acelerar su ritmo. Una forma de desplazarse, por la que no razonaba, la llevó a penetrar otros espacios hasta alcanzar un reflejo cuyo signo le determino nuevos recuerdos, esta vez muy dolorosos. En el anhelo de refugiarse en otro, recordó la soledad, esa manera particular de escapar de si misma. Las lágrimas empujadas de perfil, traían a un cortejo tan fúnebre como extenso. Casi sobrevolando el espacio, se sintió como un espectro ante la fantasmal comparsa en movimiento y buscando en los rostros de los seres que iba reconociendo uno a uno, de manera precisa, se dejó estar y avanzó en la marcha de tan punzantes matices. Sintió una explosión, en lo que antes ella asociara con su pecho, con esa misma fuerza quiso penetrar en las miradas de quienes, cabizbajos, enfrentaban una tormenta de flores luctuosas. En aquellos ojos que ella había mirado tantas veces, en los que tantas veces se zambulló interpretando los tintes de la rabia, de la tristeza, de la pícara confusión humana; en aquellos trozos de luz que antes sirvieran para anclar o simplemente para reconocer la fe perdida, en aquellos trozos de paisaje que jamás serían expuestos brillantemente en lienzo, y por inefables tampoco descritos en el papel, sólo había un ruidoso vacío gravitando sin respuesta.

Esa avalancha de resignada marcha la hizo volver la mirada y encontró a unos niños que le recordaron las cosas que más le gustaban: saltar, correr, estirar el cuerpo hasta que le dolieran las coyunturas, hacer gestos divertidos para ver reír a los otros, quedarse en una misma postura donde la tensión le recordara otras formas de ser en si misma.

Por instantes tuvo la plenitud del presente tal como lo recordaba: multitudinario, en movimiento, bajo resguardo.

Esa misma sensación, hizo que la visitaran los recuerdos de su madre ausente. La veía un poco enferma, con un rosario en la mano, atenta a las orquídeas del patio y la serena mirada en la espera de algo secreto, aquello que aferra a los cristianos a permanecer vivos, aún cuando enteramente sepan que su misión ya fue cumplida.

Mientras, debajo de sí, el cortejo avanzaba a un ritmo entrecortado, de entre las personas, emergían ondas, vibraciones que le palmoteaban los oídos dejando apenas una apagada eclosión. Norte, sur, este y oeste señalaban un mismo destino, entonces entendió que tampoco el recuerdo de su madre tenía bordes donde recostarse.

Si no existía ni el arriba ni el abajo, sino una lejana proyección, ¿A qué atender que no fuera el silencio mismo, mientras escudriñaba dentro? El tiempo-espacio nunca antes tan incomprendido como apreciado, giró haciéndola rotar sobre su propio eje a gran velocidad.

Como fluido eléctrico, las formas de su padre moribundo e inconsciente perpetraron un aturdimiento cuyo resultado se acercaba a una especie de ahogo voraz que, sin vías respiratorias, era sólo la pasmosa sensación de “no ser” o “no estar”.

Recuperando la calma, se sintió parte de algo. A su alrededor, percibió murmullos, oblaciones, notas musicales, sonidos guturales, mezcla de quejidos y desorden.

La sensación de vuelo era con ella nuevamente y, desde esa perspectiva, la marcha había llegado a su fin. Volvió a mirar a cada uno de los presentes tan de cerca que, una compresión de pecho le anunció, ya inexorable, ese espacio paralelo cuyo tránsito había sido un largo sueño del que no lograba despertar. Recordó la oportunidad en que habiéndose quedado inerte su cuerpo, por el ala de un somnífero, con la mente en plena vigilia, deploró esa artificiosa laxitud cuyo efecto perturbador agudizó sus males.

Su memoria viajó entonces a otro espacio lujoso, lleno de artefactos. Mustia convivencia en pareja. Dulce y amargo complemento; blanco y negro, junto y separado.

Evocación de un amor pasado por el que había transitado unas veces a rastras y otras veces con la extensa locura del desierto.

Seguía despeñándose en lo vivido hasta que una bandada de loros atravesó el espacio sacándola de manera abrupta de la regurgitante evocación.

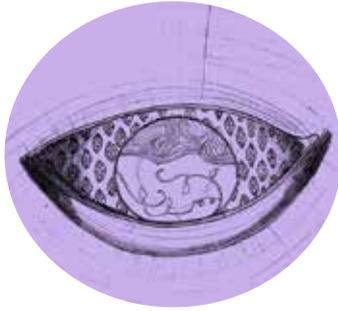
Luego, ¿Qué tal sería imitar un canto? ¿O trastear un tango? ¿Llorar un bolero?... Fenomenal impotencia.

Armándose de su cuestionada presencia, atrajo una bocanada de aire, pretendiendo exhalar algún susurro, mas, ya sin caja de resonancia, lejanamente tuvo su efecto en alguna copa de árbol, que igual al viento devuelve ceniza y olor.

Ahora su voz acordonada entre otras ondas alcanzó a despertar los aullidos de unos perros, nada más. ¿Qué podría hacer? Con esa capacidad recién adquirida para flotar recorrió, desde muy arriba, cruces y mausoleos. Abajo, dispuesto en forma circular, alrededor de una gran fosa, el eco del Salmo 23 removía profunda la sepultura. Mientras se percataba de su ataúd, un vapor tibio la coronó aquietándola. Vuelta a sí misma, unas campanadas, exactamente doce, le recordaron la hora de bendecir y meditar.

Expandida su energía y elevada por indescriptible tornado absorbente, se separó, ya inmaculada, de la tierra.

Llanero
Cuarta estación



De madrugada, entre sombras, Abelardo salió con sus instrumentos de trabajo. En el cielo, dispuestos los primeros anuncios del nuevo día. Caminaba entre las espigas de las plantaciones con el peso de sus deberes, con una tristeza lejana nunca antes tan clara.

A mitad del camino se sentó con la señal de una pequeña dolencia ya en el cuerpo, ya en el alma y apretando la soga se dijo a si mismo: *calma, está cerca...*

Llano adentro, en “Las Pionías”, en dirección a “El Zamuro” la luz del amanecer derrama impecables líneas incandescentes. Mirando hacia el horizonte, sintiendo que a cada momento se hacía más intenso el calor, Abelardo advirtió que ya era tarde.

Con marcada ansiedad llegó al potrero en donde trabajaba, observó con atención las diminutas hendidias de las persianas de la casa grande situada a cierta distancia y con gesto de conformidad inició su faena de ordeño cantando ensimismado:

Amor del alma me lleva

Manecitas de azucena

Tonadita se renueva

Amor del alma, tan buena

Poco a poco el silencio fue apoderándose de él hasta que ya solo se le escuchaba repetir:

Amor del alma me lleva...

Amor del alma me lleva...

Amor del alma me lleva...

Finalizada la labor, se montó sobre “Tranquilidad”, la yegua que él mismo, con el consentimiento del patrón y por su forma piadosa de mirar, bautizó con ese nombre. Ella lo encaminaba en recortado trote hacia donde estaba el ganado. Conversando con el animal, una perturbadora sensación de estar siendo observado o de estar con alguien más se fue desvaneciendo. Muchas veces, antes de hacerse baqueano de aquellos parajes y aprender a bregar la vida como un varón, lo habían atizado las tentaciones de huir, de alistarse en el largo expediente de esos condenados al devenir incierto de las oportunidades, de abandonar la tierra, de largarse a la ciudad que traga hombres y retorna despojos.

Rumiaba sobre “Tranquilidad” el desvelo de la noche anterior, pleno del canto de sapos y grillos junto al recuerdo que, cual espejo inmenso de extraño lustre, sostenido por una inmensidad mayor, asomaba como único horizonte donde poner la mirada. Absorto, sintió una mano invisible, sobre su hombro izquierdo que le señaló asuntos pasados y su visión de entonces le mostró al muchacho que fue, cargado de sueños. Casi sin percatarse de esa presencia, se dejó llevar y dándole paso a la inquietud de su mente, se vio a sí mismo, tiempo atrás, levantándose con dificultad pero firme, “nada podía

salir mal". Pero como no se previene el azar ni la complicación del entramado de la vida cuando se tienen 15 o 18 o siquiera los 21, la circunstancia entretejió sus borlas sin consulta y sin espera: murió su padre, enfermó su madre, se quedó lleno de preguntas, con las manos infantiles aún por conocer vejigas y caminos. Frente a la imagen adolescente, resumen de su soledad, personificación de la necesidad que, con el rostro enjuto, demacrada, oliendo a muerte, extendió su manta, lo acunó en susurro, señaló un destino de encallecidas manos y de recia e ineludible cabalgadura.

Toda la introspección lo llevó a la parte del corazón que se abría cuando, soltando el trabajo, después de varios palos de ron, se animaba y buscaba explicarse la vida. Esta vez, extraña cosa, aunque no había bebido, un venir a cuentas junto a una sed como de traspasado y resaca, le dieron un sabor entre ácido y amargo en medio de la sequedad de la lengua. A pesar de que la sensación de acompañamiento se revelaba aguda ante sus sentidos, no tuvo miedo.

El desespero por tomar agua lo desvió hacia donde sabía que pasaba un buco y avanzando hasta la parte menos cenagosa, se encontró de frente con el espejo de la laguna y sus emanaciones; casi no podía creer lo que oía; frente a sí las tonadas del ordeño que heredó de su abuelo y de su padre:

Quién sabe la pena mía
Por mirar lo que no tengo

Quien sabe de mi alegría
Si a tu sonrisa me atengo
Yo te quise y te dejé
Porque no supe esperar
¡Malhaya mi mala suerte,
Quien te pudiera encontrar!
Por tus ojitos de cielo
Yo pasé volando un día
Pa' darte este cundeamor
Presagio de mi alegría.
Pero te fuiste y ahora
No lo puedo remediar
¡Ay, dolor que se incorpora
En el lento caminar!
Camino de desamparo
Lleva mi alma, triste pena,
¡Que yo regrese a tus pasos!
Voz que adentro me resuena.

En forma mecánica bajó de la yegua. El encantamiento de la voz esparcía una suerte de atmósfera a la que no hizo resistencia. Como sonámbulo fue guiado hacia la parte más profunda del agua. Sacudiendo la cabeza inclinó el cuerpo buscando beber y viéndola muy clara, intentó tomarla con el cuenco de la

mano, sin ver cómo se extendía el reflejo en ondas de una gran aparición, se quedó mirando, concentrado, las piedras abajo y refrescándose cuello y cara, bebió luego abundantemente; en el respiro de la saciedad sintió el movimiento de la luminosidad que, acompañado de coloridas burbujas de agua, empujaban la imagen de una mujer cuya voz suave, origen del maravilloso canto, aquietó su impulso de huir. Sudando, con temblor incontrolado, alcanzó a preguntar de qué se trataba, tragando grueso, buscando alinear los pensamientos. Dijo la mujer mientras reflejaba, como espejo, la desaliñada figura de Abelardo:

Mírate, vienes de la oscuridad, de arrastrar los pasos, de maldecir y de no tener respuesta. ¡Mírate bien, Abelardo, que todo el amor guardado has de vaciarlo en la tierra. Sus frutos serán del tamaño de tu despertar! ¡Mírate, Abelardo!

Así finalizó el espejo del agua en instantes en que Abelardo desfallecía, ya no se preguntaba a donde habría ido “Tranquilidad” ni si aún lo esperaba. Largo rato permaneció extendido en el barro y una campanada como de gong retumbó en sus oídos cual llamada que le ayudó a salir del raro estado: laxitud de cuerpo y huracán mental. Sin lograr concordancia de movimientos, se vio obligado a esperar. Por el sol en el centro del cielo se percató de la hora. Se incorporó, sacudió la ropa y los zapatos. Respirando con profundidad, ya no se cuestionaba tiempo ni espacio.

Hacía mucho rato que la hora del ordeño había pasado y su jornada de ese día había cobrado otra naturaleza, mientras la sensación de acompañamiento se hacía ineludible, seguía

diciéndose a si mismo: “está cerca”. Al pasar junto al portal de la hacienda “Los Apamates” vio las garzas atravesando la sabana y se percató entonces de lo avanzado del día, en el casi crepúsculo, entre lilas y cerúleos, perdido en la descompuesta luz, embestido por la belleza del atardecer vino hasta él la hermosa imagen de Eloísa, mujer de labores, que una noche “se marchó al mundo de los muertos por una gripe mal curada”. Así lo dijo el doctor, pero todos sabían que había sido mal de amor, o por sufrimiento; Abelardo no tuvo nunca el valor para aceptar que su amada se consumió al fuego de su abandono por tanto, cargaba el recuerdo de Eloísa con el peso con que se lleva la culpa. Mientras la gente le señalaba y juzgaba, se repetía a sí mismo: “No podría echar el tiempo atrás, de hacerlo de nuevo, lo haría en forma distinta, ella sabría, yo la acompañaría.

¿Podría yo haber logrado algo?...” Inútil descargo frente al cual lloraba gran pena oculta, pensamiento obsesivo: “¡Qué saben de mi agonía! ¡Cómo podía adivinar...!

Ensimismado, ya no tenía, al parecer, regreso. Caminaba sin orientación repitiéndose como letanía:

Esta cerca... Eloísa
espérame...

Espérame. Está cerca.

Una fuerza descomunal lo llevaba inexorablemente hacia la noche. Entre las sombras una especie de viento arremolinado sonaba trastocando el monte: “nix, nix, nix”, vibración sono-

ra que se convirtió en un túnel por el cual inició una extraña marcha, sin flexión de piernas, de leve roce con la tierra que lo enfrentó a un extraño pero deseado camino. Sobre una sólida roca, sentada, bordeada de una luz inexplicable, estaba a su entender, Eloísa, bella como nunca antes. Abelardo se acercó tanto a la aparición, empeñado en verse en el espejo de esos ojos, buscando amor, quizá expiación. Ante la sorprendente presencia, ya pupila con pupila, impactado por una descarga eléctrica, se integró en una sola energía, esparciéndose el chispazo en la atmósfera que le retrucó, cayendo en fuerte aguacero, sobre la extensa llanura.

En las inmediaciones de El Zamuro, entre un lodazal, el cuerpo exangüe de Abelardo dio cuenta de un infarto cerebral masivo, tocando el amanecer.

EL ÀRBOL QUE ESPERA

Quinta estación



Sé cómo amaneciste esta mañana. La larga noche, entre sospechosos aullidos y gritos, me hace saber que ningún intento ni tuyo ni mío puede ser fructífero por separado. Esta distancia es tan exacta que nos marca la forma de imaginarnos plenos en constante fragmentación. Ayer te vi entre el oleaje, sentado, con la mirada perdida detallándome en el recuerdo. Eso somos, más que nada: recuerdo. Recuerdo vivo en imágenes que conforman veladuras, anotaciones sobrepuestas en el aire que agrandan y disminuyen una confusa forma de estar entre luz y sombra.

20-02-07.

Esto que sintió irracional y lejano a sus acostumbradas formulaciones, contrariamente era, para su sorpresa, un ataque de razones; lo natural era no comprenderlo, después de estar años enteros asistida por presencias, luces de cuyo destello decodificara mensajes, sonidos desde los cuales augurara eventos futuros.

Claramente convivía con fantasmagóricas no formas que, paradójicamente, daban vida a lo inerte, lenguaje a la mudez, camino a lo estacionado y retorno al nunca-jamás. Así, la imposibilidad frente a las cosas era diluida en forma instantánea y los cuatro elementos que describe El Mago, eran con Ella como el sol a la mañana. Cada pensamiento que creaba, era espada en cuyo filo se desplazaba la verdad de las cosas en el mundo denso.

Singular modo de vivir que no se cuestionaba y donde el tiempo seguía un curso inusual, siendo esa la razón por la que, quienes giraban a su alrededor, observaban en Ella una permanente juventud en su cuerpo y en su rostro, en su vigor y actitud.

Inmenso misterio bordaba cada uno de sus días, aún entre las penurias, el optimismo de Ella desbordaba y si se acercaban a consolarla frente a supuestos malos ratos, era, desde su mayor fortaleza, la imagen más acertada de ecuanimidad y comprensión del hecho. Un entremezclado de mitos se entramó y su aura se expandió tanto que su cuerpo activo rechazaba de manera intuitiva cualquier intento malintencionado. Era este suficiente fundamento para nunca ocuparse del “qué dirán”. Tan evolucionada en su mundo de fantásticas interpretaciones de símbolos, nunca había aspirado al cielo, más, siendo señalada por Dios, era lógico que ocurriera el que frente a sus sentidos se hiciera evidente semejante milagro. Así, siguiendo los movimientos de su corazón fue a dar a sitios antes rechazados, creyendo haberle ganado la batalla a algún temor clandestino. Compuesta de la mayor seguridad, caminó a ojo cerrado por una alfombra tejida con los puntos de luz que desde muy niña reconocía como frutos de la pureza del aire; blancos puntos de luz que se apegaban mucho más a su traje de penetrante albura que destilaba alegría por la vida. Ondulantes rizos de las fragancias de la tierra colocaron frente a ella la sorpresa de ese día inusual, azaroso: un hombre extranjero.

Al verlo, un conjunto de anuncios luminosos tuvieron lugar por sus terminaciones nerviosas. Por los ojos de ambos brotaban cristalinas las intenciones que, sin apellidar, jugaban con su reflejo nítido de ires y venires de lo que es mutuo, de lo que, simplemente no puede contenerse porque una fuerza superior lo impone como la continuidad de la vida, y dejarlo ir se vaticina como el dolor más absoluto: encuentro inexora-

ble... Entonces un extraño manejo del tiempo colaboró con el refusilaje, quedando en el éter la marca de dos cuerpos con sus almas, girando una hacia la otra, próximas y lejanas en permanente danza, rítmica indetenible. Burlando la temporalidad humana y lo espacial del mundo tangible, traspasaron los límites hasta caer materializados en la zona en donde la cultura del mudéjar levanta azarosas pasiones. Mestizaje, cuyo asiento monumental es paisaje saturado del incondicional amor cristiano y de la incuestionable fe islámica, de donde tomaron forma y destino estos cuerpos, antes divagantes y sin patria. Luminoso encuentro... Largo viaje para hacer de las miradas apremio de los sentidos y de la imagen pasada y anhelada, un creer y no creer en ser habitantes de la felicidad descrita en la plenitud de naranjas dulcísimas, peras que se deshacen en aguas y melocotones gigantes. La luz violeta del atardecer amplió los horizontes y los acercaba de tal manera que muchos puentes de colores los llevaban a lugares antes soñados por ambos, a túneles cuyas historias se perdían en el tiempo al igual que el viaje de la mirada infinita de Él recorriendo la geografía del cuerpo de Ella, rediseñando las pinturas de Gauguin, con el aliento de palabras en boca y oídos bien alineados. Desdiciendo el extravío, las manos de Ella, se prolongaron sutiles, ensalmando el alma abierta y malherida de Él.

Caminar para tener conciencia de la corporeidad trajo al tiempo nuevas formas de volar para estar otra vez en los espacios donde una cascada de besos se hacía interminable, donde el primero era igual al último en eterno contacto por el que la ley de gravedad también era parte de la historia y como his-

toria, pasado. Confundidos en la armoniosa danza, la sutileza engendraba a través de sus fluidos, en cada uno, una parte del otro; Él tomaba de Ella juventud y sensualidad, multiplicada en cada una de sus células con resplandor divino. Ella, vaciada en Él trajo para si dominio, osadía y mucha fortaleza. Los dioses, haciendo un caldo con este maridaje, se alimentaron, con la mezcla de sus sudores brindaron y con la fabulosa combinación de sus olores incensaron, por meses, ceremonias sagradas de renacimiento y consagración. Noche y día se perdieron como referencias temporales; sol y luna eran ellos mismos, centro de una galaxia cuyo ascenso por el Universo atizó la creación de un nuevo elemento. En los pasaportes perdidos momentáneamente, en la cerveza derramada por accidente, en el exceso del vino y sus consecuencias, en el malestar físico después de mucho lloverse en el parque, los cuerpos, vueltos éter y luz, daban cuenta una que otra vez de su densidad. Y así quedaron renacidos en las pupilas del gozo que le sirve de alfombra al cielo, conteniéndose uno en el otro, sin mirar que afuera, el movimiento circular ya conocido, les auguraba una despedida. Fue así como, detenidos, para sentir e identificar correctamente lo que se les avecinaba, Ella y Él se tomaron de las manos cuando, desde lo distante, vio Ella aparecer, eslabón por eslabón, una inmensa cadena en lapislázuli y plata, que de forma súbita los cercó, tomándolo a Él por el anillo con el escarabajo egipcio que llevaba en el anular izquierdo. Sin contemplaciones esta fuerza eslabonada lo elevó bajo una fuerte tormenta. Ella quedó con la perdida mirada sobre el escarabajo pelotero que se agrandaba mientras movía su mandíbula fea y dentada, imagen espantosa que desapareció

cuando Ella misma, al tocar el rosario de plata que la protegía, se sintió cristalizar y luego desmaterializarse.

Fue empujada con tal fuerza hasta perder la noción del tiempo y del espacio, al final, arrojada en medio de una multitud de personas que, mirándola, se dirigían a ella unos con sorpresa, otros con curiosidad.

La mirada de Ella aun en el cielo, buscaba los restos de eso que decretó su retorno, le almidonó la piel y dejó su marca con laceraciones por el contorno de su

boca. Aún en el íntertránsito hacia lo terreno quedó la voz de Él, por muchos días, hablándole de su suplicio, diciéndole que no la dejaría pasar, que retornaría y advirtiéndole el envío de una carta, seguramente de amor, que Ella jamás recibió. Al pasar los días, Ella lo veía en el jardín, en el patio, en su habitación. De manera especial sentía que Él la esperaba para recrear los momentos en donde juntos cabalgaban hacia el tiempo futuro; los momentos en donde Ella hacía que Él entrara al paraíso con especiales ceremonias de bienvenida.

Una noche, después de una larga jornada de trabajo, se dio cuenta de que Él no estaba allí. No estuvo en los días consecutivos. Así, desconcierto y desequilibrio izaron banderas en Ella. Invocó a los elementos, sus amigos, sin obtener respuesta. Esperó para enviar las señales acostumbradas: luces por mediación de las aguas, su voz por el influjo del viento y sólo el silencio intermitente entre voces de animales y su propio gemido, tuvieron lugar. Con las manos vacías intentó inútiles piruetas. Buscaba en su

cabeza la profusión de imágenes hermosas que alimentaban su sensualidad; buscaba la presencia de su adorado y no acudía sino una imagen fotográfica inmóvil en blanco y negro, desteñida. ¡Esto no puede estar pasando! se decía. ¿Qué alimentaría ahora ese amor? ¿Ya no estaban ambos suspendidos por la dorada exhalación de un tornado celestial? Estimó un sinfín de explicaciones y en cada una, la coincidencia dictaba que había sido enviada, ya sin transiciones, del cielo a la tierra. Evaluó desde su corazón y sintió un abandono pavorosamente cruel que la aniquilaba. Quiso restaurar eso que había sido su norte, eso que le encaminaba la alegría.

Las fuerzas elementales aparecieron tras la insistencia de su clamor. Al mirarla incrédula le pidieron que observara a su alrededor; se vió, entonces, dentro de una gruta profunda y oscura; subterráneamente fría. Desde su precariedad alcanzó a saber que difícilmente saldría de allí. No tendría la misma suerte de Cinderella o de Blanca Nieves; no habría un príncipe en camino y por si misma debería trascender ese infierno. Desesperada se preguntaba por el paradero de Él.

De manera invariable sólo el vacío y la imagen estática le hicieron suponer que aquella unión sagrada había sido violentada o burlada.

Desde la lógica que reinaba en sus espacios o desde la imaginación, que para entonces le mostraba confusas proyecciones, interpretó el que otra persona ocupaba su lugar momentánea o definitivamente.

¿Cuál era la verdad? Su presente era gélido e inmóvil, y los

oráculos... ¿Mentían?... Hecha de llamas se silenció y se sometió al calor que parecía poder cauterizar herida tan extensa, desde ese dolor una especie de enajenamiento vino, al cabo de mucho, a tranquilizar el deforme resultado que sin piel ni facultades sanas, sólo entregaba aridez, mas, el instinto de supervivencia la empujó. Con la ayuda de las ninfas de la tierra buscó lugar y se plantó. Por mediación de las ondinas del agua purificó las vibraciones de lo que antes albergara al rostro y sus órganos captadores del afuera; aclaró sus sentimientos, entonces pudo experimentar un movimiento de extensión que tocaba su pecho hasta exponer los muñones, antes brazos, por muchos días cerrados sobre si y dirigirlos al cielo. Los silfos crearon para Ella un hermoso silbido que regocijase los oídos sutiles de los dioses y depositándolo con suavidad en su interno, la arrullaron.

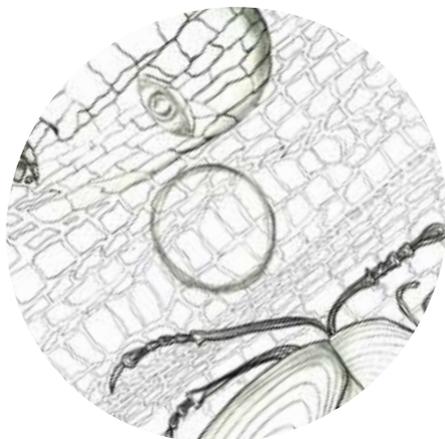
Las salamandras hicieron el contacto para acceder a los discos solares donde dicen tiene su morada Jepri, dios escarabeo, por cuya voluntad, Ella se creyó separada de su amor.

Es así como, pegada de la tierra, en actitud solemne, desde entonces, se le ve convertida en árbol: el recuerdo pasado, su raíz; con las ramas extendidas hacia el sol, nutrida por la savia del subsuelo y desde su tronco, ya elevado lejos de la gruta, en las noches de luna emerge un silbido, cuya percepción escapa al oído humano, con la canción más dulce que conduce hacia los dioses, hacia Jepri, suplicando renacer a la carnalidad bajo unos dedos santos.

Allí permanece. Mientras tanto florece, da frutos, cobija y da sombra aguardando el día de convertirse nuevamente en mujer.

MELODRAMA DESMONTADO

Sexta estación



ESTE SITIO ES EL ÚNICO DEL PLANETA QUE SIGUE SIENDO DÍA AL LLEGAR LA NOCHE

I

La luz se arremolina y sabe quedarse sin excusas. Entonces el tiempo es ajeno y la nada marca su acertijo de compases, que nosotros bailamos a nuestro propio ritmo. Lo que nos sostiene, parecido a la tierra, modela arquitecturas invisibles, inauditas e inexplicables en otro espacio, que es este mismo, de paredes diamantinas no densas.

Este sitio es el único del mundo en el que la luz se reparte y forma oleajes en un universo que somos nosotros. Sí, la luz sedienta de amaneceres, cansada de no ser vista, hizo mudanza y en su equipaje, un prisma sagrado es péndulo-cruz que reconoce mi piel aún en la vibración de tu tronadora voz: Júpiter alumbrando coros.

Este sitio es el único del universo en el que transita la risa con su canasto de frutos. Danza para nosotros en sensuales giros: velos ancestrales que desnudan a Ónfala, primitiva y terrena.

Este sitio es el único del planeta en el que la forma de comulgar es Dios haciéndose pan y vino y de tu lengua a mi lengua licor macerado entre los humores de tus manos. Este sitio que pretende ser secreto, vive la desventura de la evidencia. Se me escapa de los ojos y de las palabras que acuden negadas a pronunciarlo, se escapa como gotas de luz, como primaverales hilos que anuncian estivales conciertos. Vas

tú, etéreo, en cada uno de mis movimientos, en la mejor de

mis sonrisas, en el mayor de mis deseos, junto a mis dioses, sin nombre e infinitamente amado.

II

Alegre resplandecías y los albores de la brisa fría te dibujaban más en tu apolínea estampa. De luz santificada, la cumbre, era el silencio flotador de delicias y en el centro exuberante pureza retenida; demasiada para ser soportada por humano alguno. Así explico tu distancia. Así, vuelo repentino, toque mágico y amargo retrotrajo mi presencia situándome donde mirarte es respetable, en donde sentirte es de un dolor de huesos extendidos, desde donde se miran los íconos sagrados. Vivo tu incandescencia lejana, a gritos de mi espalda, sin admitir la tenue voz que me avisa. Advirtiéndome entre todas esas rocas sobre las que estás suspendido, que eres ajeno a mis manos e incomprensible a mis azaros. Puedo andar re-vuelta de sueños y no se si bordeada de incúbica aparición nocturna; puedo quedarme clavada bajo la mano de mi maestro que me señala tolerante el camino, puedo convertirme en piedra y hacerme del ceremonial abrupto y milenarior forjador de diamantes. Mi paz, en las alturas de ese espacio flotaría eterna y solitaria, lánguida, como yo ahora, esperando el instante de retornar por la luminosa ventana de lo que en ti y por mí se hace uno con el infinito: laureado fuego serpentino.

III

Duro ejercicio este de volar sosteniéndote atado a los recovecos de mis ganas. ¿En donde no estas que mis pisadas no lo noten y mis fríos desalientos no imaginen? Derribándome la infeliz creencia que me sepulta y hecha aguas deambulo entre apariciones, mientras convertido en muchos otros vienes tú a vivir y riegas flores por esta casa, mi casa, la casa de los anhelos.

IV

Así es como te incluí en mi vida, imposibilitada para tener oscuridades, enfermiza frente a la sola idea de borrarte, vago en un centro cuya agotadora perplejidad calcina. Ramificada, convertida en árbol, mi herida vive. Desde su copa, yo entrego al Universo lo que resta.

**ESTE SITIO ES EL ÚNICO DEL PLANETA QUE SIGUE
SIENDO NOCHE AL LLEGAR EL DÍA**

MELODRAMA DESMONTADO

¡Qué obscura mordedura la que trae!
¡Qué finos su puñal y su veneno!
¡Qué áspera su llama cuando quema!
¡Qué duro el pedernal con que golpea!...
¡Por eso es que abrazamos el olvido
Y se borra con hielos lo pasado!

César Rengifo

LOS PERSONAJES, EN SU TIEMPO Y ESPACIO DRAMÁTICOS:

“Acariciando a otro, hago que, por medio de mis caricias, su carne nazca, bajo mis dedos...” (J.P. Sartre)

Yo fui nacida en tus manos,
modelada en misterioso y encarnado contacto;
desprendida a tu diestra por taurina marca
acrisolada
con los extractos vitales de tus humores santos.
Fui nacida en tu inocencia para perpetuarme
en los pasos que alargan-acortan
el viaje taciturno del antes hacia el ahora.

Fui nacida por descargo de alucinadas lunas
y apolíneo encargo.

Criada al tri-amén de tu conjuro:
“Aquí se queda lo que quiero,
cuanto tengo y lo que soy”,
encofrada en tu palabra,
pétalo de renacida iridiscencia.

Yo fui nacida en tus ojos,
en la herida cicatriz de punzo penetrante lumbre:

Ojal perfecto para retratarme
En feto vivo, renacido.

Nacida en tu aura, índigo profundo
en musicales intentos.

Cantos primigenios, dándome a luz
en ademán mítico, renaciéndome.

Fui nacida al calor de tu verano
que recogió mi fuerza para devolvarte
Rey y Guerrero, victorioso y amado.

Si. Yo fui nacida,
y Tú, constelación,
llevado al cielo.

CONFLICTO DRAMÁTICO

A: Planteamiento

A1: ENTREGA

Desde el aire-agua tu beso,
luego suspendido
en la extensión de mi
que más te ansía,
entre palpitos y contracciones,
al fin depositado,
ramificará trepando hasta el tejido
en donde los afluentes de la sangre
naveguen tu placer sobre mi cuerpo.
Cascadas retornando al nacimiento
burlando aluviones y represas
celebran el amarar de mi gozo
que se ha quedado a vivir
en la corriente espiral del origen
de tu beso.

A2: SEPARACIÓN INVOLUNTARIA

Profunda, mi garganta
desde su sed
te recuerda en el aire
que la recorre y calienta.

Rojos, mis labios
En su crepitar te anhelan
en la humedad de la respiración
que los aviva.

Frágil mi piel,
apretada de intenciones,
se rebela en latidos y
junto a mis manos extienden tu vigor hacia mi cauce,
evocándote en cada contracción,
origen de tus quejidos.

Nueva luna que se abre
Miel y ámbar para la cosecha de tus aguas.

En el umbral te espera
viva y frondosa

un ave del paraíso
que espiga su placer
en el recuerdo de tu rocío
por el que estalla.
Olor de tu cielo encarnado
Que gravita en las esferas
del tiempo de no tenerte.

B

Nudo: TRAICIÓN

Alguna vez fuiste luz
Alguna vez entre mis manos resucitaste.
Sólo te pusieron a cuidar el bosque
Sólo te pidieron que velaras
Sólo te pidieron que amarraras a tu árbol
Una quietud de cielo abierto.
Cuando te dieron la luna,
desde tu cuerpo,
te dieron la facultad
de ser más, de ser mejor
para que elevándote
sobre los otros, fueras
desde tu luz

Sólo te pusieron a cuidar el bosque
para que no faltara
el calor en el hogar
presente y futuro
¿Y qué hiciste?

Dejaste entrar a las panteras
Dejaste incendiar la madera
Dejaste contaminar el río.
Sólo te pidieron que velaras
Para que las sombras que acechan
disfrazadas de ángeles, no tentaran.

No te corrompieran
¿Y qué hiciste?
Continuaste en sueño letargo
envejeciste a la vera
de ese efluvio
que ambiguo
te hizo su proyección,
te hizo creer que eras tú
Sólo te pidieron que elevaras la mirada,
desde tu árbol a cielo abierto,
tu mandala,
regocijara la espera

¿Y qué hiciste?
Bajaste la mirada,
te acoplaste a otros olores
de visiones espejismos,
excrecencia del mundo Mundo.

Hécate sonreída bebe
se sacia de las heridas:

las tuyas, las mías.

Eructa sobre mi cara
el revés de tu traición.

Sólo te pidieron
que cuidaras, que velaras,
que esperaras

¿Y qué hiciste?

Maravilloso plenilunio
a tus cincuenta

Trampa para lobos:
Aúllas cuando te imaginé cordero.

Maravillosa luna
que arrebató cual vampiro
la grata veraniega entrega:
energía, alegría, paz,
trifásica en su maldición.

Vive la oscuridad, ahora,
pobre de ti si la crees luz
Vive tu vejez, te la mereces,
manso de ti si la crees conveniente

Vive su insania,
Inconsciente tú
Si la crees edificante
¡Y muere en vida!
¡Lo decreto!

C

Desenlace: A SOLAS

Lo amaba como se ama lo infinito
y su marcha me deja tintura de cobalto
en el aire de mis huesos.

Cada lágrima que cae desmedida
es del llanto pendiente de otra vida.

No alcanza la imagen a explicar,
ni detentar la pureza del dolor que vivo,

No alcanzará mi llanto a socorrer la asfixia de sentir la des-
pedida.

No estoy cuerda y mi duelo es petróleo frente al color.

¡Brotó, negro llanto!

¡Brotó, que asfixiándome tú, vuelvo a la vida!

Francia Ortiz G

Oriunda de Barquisimeto (1962) es escritora y su accionar lo ha desplegado con intensidad dentro de las Artes Escénicas. Es actriz, directora de teatro y dramaturga con dedicación extensa a la docencia teatral. Es egresada de la Licenciatura en Administración Comercial de la UCLA y es MSc en Docencia Universitaria UFT. Con este trabajo alcanza la tercera publicación en poesía

EL ÁRBOL QUE ESPERA

“Con este nuevo libro Francia Ortiz continúa la senda que inició con ‘*LA QUE VA CONMIGO*’, camino en el que se vislumbra una obra de aluvional sinergia, que posiciona a la autora con una rúbrica particular, dentro de la literatura venezolana femenina”

Jesús Enrique Barrios

Colofón

Versión Digital, abril 2024
Sistema de Editoriales Regionales, Lara
Barquisimeto - Venezuela



El árbol que espera

Poesía

“Con este nuevo libro Francia Ortiz continúa la senda que inició con ‘*LA QUE VA CONMIGO*’, *camino en el que se vislumbra una obra* de aluvional sinergia, que posiciona a la autora con una rúbrica particular, dentro de la literatura venezolana femenina”

Jesús Enrique Barrios



Sistema de Editoriales Regionales

LARA

Francia Ortiz

Oriunda de Barquisimeto (1962) es escritora y su accionar lo ha desplegado con intensidad dentro de las Artes Escénicas. Es actriz, directora de teatro y dramaturga con dedicación extensa a la docencia teatral.. Es egresada de la Licenciatura en Administración Comercial de la UCLA y es MSc en Docencia Universitaria UFT. Con este trabajo alcanza la tercera publicación

